

Delay. Laura Alonso

“Cuando entré en el plano, la película ya había empezado. Los créditos iniciales estaban a punto de terminar y solo llegué a ver un cartel al revés. Pero así es cómo se ve de este lado de la pantalla. Me froté los ojos para convencerme de que no estaba soñando. No estaba soñando. No veía la cámara, por supuesto, la película se había rodado hace un tiempo, el equipo estaría trabajando en algún otro proyecto. Pero reparé en otra cosa: centenares de caras fascinadas en la penumbra de la sala de cine mirando fijamente la escena. Lejos, en las últimas filas, divisé unas parejas abrazadas. Así que es esto- pensé- escenas a ambos lados de la pantalla, un aturdimiento recíproco entre el que titilan imágenes multicolores. Me levanté. Empecé a caminar por la calle; la calle recordaba inevitablemente a la música de la película. Quise decírselo al público, pero el sonido estaba apagado, y sólo se leían los créditos en la pantalla, allí un nombre: Laura Alonso.

No vi el cartel que dijera *FIN*”

Así, Svetislav Basara cuenta en su “Peking by night” las maneras en que se enciende el eco sensual de las imágenes, su multiplicación y retraso, su morosidad, la espera. Delay. Un efecto de sonido diluido en el tiempo en el que tarda en producirse un eco. Y su mezcla, esa cantidad de sonido retrasado que se funde con el original. Procrastinación. Postergación. Delay.

La película ya había empezado y yo vi un cartel del lado del revés. Estaba adentro, demorada en las escenas. Cuando salí a la calle, miré hacia la luz y no aparecía ningún cartel que dijera FIN. En mora, la película no liquidaba su saldo cumpliendo con su acción delictiva. En mora: piel límite o piel bolsa, piel ciega, piel inmersión. Ser piel capaz de dar a todo lo que ella toca lo perenne de las huellas. Una lectura táctil, por contacto. Una piel desaparecida completamente por la acción de la adherencia suscitando imágenes. La materia se acuerda, en el sentido de memoria, pero también en el sentido del acuerdo, del concordar con la forma. Se trata de la frotación como procedimiento escultórico por excelencia, un modo de desarrollar casi algebraico que saca a la luz todos los términos que encierra. Piel del aire, negativo del viento, conceptualiza el artista italiano Giuseppe Penone en su Arte Povera de la serie Essere Fiume, cuando analiza el deseo del hombre de

copiar la apariencia de lo visible y la voluntad de alcanzar una simbiosis con la naturaleza. Al reproducir perfectamente una piedra recogida de un río el artista se convierte en ese río. Ser escultor es ser río. Entonces no es morada aquello en lo que vivimos, sino aquello que nos habita y a la vez nos incorpora.

“Levantar la casa” dice Laura Alonso,

“reparte la carga/ la trama/ arriba

a riesgo propio/ asciende”

“si tantas casas que pasan

la ruta pasan/ los árboles/ no habrá qué

partir

dirá

como una fruta que se parte/ como miradas perdidas

no habrá

la trama tejida/ los pueblos en ruta/ las cartas detrás

al vuelo/ papeles”

Una casa que se mueve porque no es morada aquello en que vivimos, sino aquello que nos habita, y Laura Alonso es fruta que se parte, altura tejida, techos azules, es rostro en el viento, pan.

“Dice la mujer/ le he oído crecer/ mil años adelante/ como un balcón desde una frágil barcaza

moverse”

Una casa que se mueve, el cuerpo. El cuerpo de él, el cuerpo de ella. El cuerpo de él visto desde adentro como el cuento de la película de Basara, el cuerpo de él donde no se lee “FIN” porque se extiende desde ella hacia afuera. Deseo que es “jerga al caer arriba” Pero, “¿qué grita?” se pregunta Laura.

En el mortero, en el sudor

“como una espuela al hollejo/ golpea blando

pero a montones/ el mar/ en los jinetes/ el animal

contra la piel/ golpea/ aprieta/ la tejedura hasta arriba

en el talón de bajar/ el hombre a brazos/ a vigas

bendita un ave”

Retraso. Delay. Crimen. Las mujeres saben, es sin sangre. ¿Hijo o escritura?
“papeles serán/ el cuerpo hamacado

arriba arriba

ahora

soltá/ no mirés

la espalda en la ruta”.

Oír la voz. Escribir para tocar letras, labios, soplo, para acariciar con la lengua. El ansia cambia los ritmos, tiene la violencia de un golpe. Lo que quiere fluir no es sangre. Retraso. Lo que quiere fluir es soplo. Mujer que se confunde con lo incontrolable que hace suyo. Trabajo del soplo en el que se anula la idea de dominio.

Un don sin retorno. ¿Hijo o escritura? Después, ella deviene texto. Después, el poema se desata, se agita. Así, el tiempo se adelanta en los versos como si temblara una tierra natal. En algún rincón el verbo se estremecía demorándose; ahora, el retraso vibra, conmociona la palabra. Un extraño absorbe a la madre y su destierro anima la mirada. Nombrar el perfume, “el semen de Cristo en la sangre de un carpintero”. El olor es de lo seco, por eso los animales no perciben olores cuando están sumergidos, porque solo huelen cuando aspiran.

¿Qué es lo que suena, el objeto que golpea o el golpeado? El agua no entra al oído gracias al laberinto, y el hijo oye dentro del vientre de su madre. ¿Hijo o escritura? El sonido se mueve, la poeta hace chocar el aire y ese aire se convierte en música en la lisura del cuerpo. Sonidos, no por el aire, ni por el agua, sino por el golpe, como machacar un cúmulo de arena que se mueve rápido. Escucha huesos, ella. Por el vacío. Por el disgregar de la voz que se rinde. Un lastre, un impedimento que debería decir es el fin, aquí termina la película y, sin embargo, sus pájaros se guardan de este lado de la pantalla. Ya volaron.

Ana Arzoumanian

